

APUNTE CRITICO DEL CANTO XXIV DE "LA ILIADA".

(Trabajo hecho a base de la traducción al castellano que hiciera Gómez de la Mata de la misma que de "La Iliada" escribiera en francés Leconte de Lisle).

Nada que antes no haya sido dicho o anotado puede decirse o anotarse de la obra homérica sin incurrir en temor de repetir, o en desverguenza, si se toma como propio tanto concepto ajeno sugerido generosamente por la producción literaria del poeta griego. En realidad, cabe decir, que las ideas aquí expuestas han sido apuntadas consultando anteladas y autorizadas opiniones o variando en lo posible, sin tergiversar, ciertos pensamientos extraños, de acuerdo con la distinta impresión personal que la lectura pudiera haber dejado.

Naturalmente, el Canto XXIV no posee, fuera del asunto de que trata, diferencia notable que pudiera ser base para sólida distinción de los otros 23 cantos o rapsodias de que consta "La Iliada". Ha sido escogido porque su final es el final de todo el poema, lo que incita a reflexiones generales acerca de él y que no creo estén fuera del lugar en este breve trabajo, ya que toda la obra en sí—aparte consideraciones de índole erudita—tiene unidad formal y de sentido que permite generalizar cualidades para todas sus 24 partes.

La rapsodia XXIV—omega de la primitiva clasificación de las partes del poema—trata del rescate que del cadáver de Héctor hiciera su padre Príamo, después de que aquél fuera muerto y vejado por Aquiles, vengador de Patroclo. Este hecho da lugar a variadas incidencias que Homero con caudaloso y sonoro verbalismo se regocija en referirnos, mostrando la inmensa belleza y brillantez de su estilo.

De una espontánea y tranquila luminosidad, su lenguaje es, sin duda, uno de los más sugestivamente límpidos que se ha conocido en la literatura de todos los tiempos. Una sensibilidad agudísima



para captar el alma de las cosas y una ingenuamente honda manera de narrar los dichos y hechos divinos van a aunarse a esa cristalina limpidez.

Muestra un admirable y fácil sentido de lo perecedero. Y quizá sea ésta la cualidad más digna de notarse y de admirar. Hasta los Dioses están contagiados y animados del vivir humano y de sus penas y pesares, pese a que Aquiles dice que "los dioses destinaron a los miserables mortales para que viviesen víctimas de la tristeza y sólo ellos no tienen preocupaciones". Pero, inquestionablemente, y a pesar de ese tono humano de los moradores del Olimpo, sus inquietudes y pasiones están aureoladas de cierta dichosa manera de soportarlas, de cierta indefinible superioridad y simpleza, como no se da en los hombres.

Una insomne serenidad e intuición absoluta del equilibrio estable nos dan parte de esa vital y mentadísima armonía ática, de ese hondo sentido de la proporción. Nada hay que hubiera podido omitirse o bajarse o cambiarse de tono. Todo tiene la intensidad y cantidades de vida y acción que debieran tener.

Sin embargo, es dable que, para el tiempo que nos toca vivir y para la mentalidad y sensibilidad nuestras, no sea extraño apreciar una desproporción entre ciertos hechos y sus consecuencias, entre ciertas causas y sus efectos; con sencillos medios se logran resultados muy grandes e inesperados.

Los personajes han sido imaginados con cierto cuidado, como para facilitar su diferenciación. Los caracteres son extraordinariamente logrados. Cada uno es un símbolo. En ellos las pasiones son naturales; ni patológicas excitaciones ni morbosidad degradante. Ni la dulzura ni la perversidad son absolutas y únicas en determinado momento. En el hombre no se dan aislados los apasionamientos; todas las gradaciones anímicas están en conexión constante, si bien con preeminencia alternativa acorde con la excitación. Eso hay, sobre todo, en los personajes homéricos: humanidad.

Sólo un nombre es leído siempre con desagrado por su constante fealdad física y moral. Tersites es cojo y su maldad es su perfil.

La acción referida es siempre rauda y cortamente dicha. Más bien los diálogos deleitan con aclaraciones descriptivas o narrativas más o menos extensas y simples. Y es precisamente en los discursos en donde se aprecia con generosidad la noble consistencia del prestigio poético del aeda griego.

En el canto que nos ocupa está uno de los discursos que pueden reputarse como de los más bellos de "La Iliada". Es el que Príamo dirige en suplicante tono a Aquiles solicitando la devolución del cadáver de su hijo Héctor.

“Acuérdate de tu padre, ¡oh Aquiles igual a los dioses! De mi edad es él y se halla en el umbral fatal de la vejez...” Y Aquiles se conmueve y toma por la mano al anciano troyano que tan bien sabe hacerlo sentir el desamparo y sufrimiento que él está sintiendo, y accede a su ruego.

Para comprender la desesperación y angustia de Príamo por rescatar el cadáver insepulto de Héctor, y que seguramente se notan exageradas a simple apreciación, hay que recordar aquí ciertas consideraciones de índole escatológica que poseía el pueblo griego en la época en que se supone vivió Homero.

Ser enterrado o no serlo era el problema de la vida futura. Y había que ser sepultado de acuerdo con los ritos. La salvación, en el sentido teológico que hoy se entiende, dependía de ésto. El sepulcro era el verdadero fin del hombre: el cuerpo había de volver a la entraña de la tierra. Esta inquietud era trágica y aguda, y doblegaba aún a los espíritus más vigorosos y altivos.

Así es explicable que en una de las tragedias de Sófocles, Antígona consiente en ir al sacrificio con tal de conseguir la sepultura del cuerpo de su hermano. Así también se explica que Héctor, “el del casco palpitante”, que fuera bravo y valeroso guerrero—en el canto XXII—al sentirse herido “por donde más pronto es la fuga del alma”, dijera vanamente a Aquiles: “Te suplico por tu alma, por tus rodillas, por tus padres, que no dejes que los perros me destrocen junto a las naves...” para que este respondiera sombríamente: “Nada salvará de los perros a tu cabeza” mientras “a Patroclo lo enterrarán los acaienos”, y él si que hallará el reposo y la plenitud de su vida.

En general, los estados del alma no están expresamente señalados. Están casi ambientalmente, como telón de fondo de las acciones. La tristeza o el regocijo, saltan con espontaneidad de los hechos, se les siente casi sensorialmente, tanta es la capacidad de sugerencia que posee el estilo homérico.

En dicho estilo, seriamente luminoso, seriamente armónico y, a veces, hasta seriamente alegre, se extraña evidentemente la nota humorística, aquella grácil sonrisa que ayuda a disminuir el peso de la inestable vida y que, ciertamente, no está mal en parte alguna. Y al tocar este punto no me constriño al canto XXIV; antes bien, por el espíritu de emoción y tragedia que preside el desenvolvimiento de la trama de tal canto, es posiblemente uno de los menos a propósito para referirse a tal cosa. Pero no he querido dejar de anotar esta ausencia, cuyo interés no es muy discutible.

Algo que está siempre presente, contrariamente a lo anterior, y que es un reflejo y muestra del género de sentimientos religiosos que abrigaban antiguamente los griegos, es un fatalismo vigoroso y

creencia honda en la intervención que el destino tiene en la vida humana. Es él quien señala de antemano el camino y fin de la vida que uno ha de seguir y cumplir, y nada hay que pueda ir contra él o trocarlo.

Uno es feliz o desgraciado si en el Olimpo así lo han dispuesto los dioses. “En el umbral de Zeus hay dos toneles, uno contiene los males y otro los bienes. Y el fulminante Zeus los mezcla al darlos y envía el mal unas veces y el bien otras”, dice Aquiles a Príamo.

A Héctor “La Moira le destinó para que lejos de sus padres saciara a los perros veloces ante los ojos de un guerrero feroz”, se lamentaba Hécula.

Y así, el destino, siempre inflexible, siempre pacientemente temido y soportado, rige el acontecer humano de los personajes homéricos. Esta nota se haría aún más saltante e importante con el posterior nacimiento del teatro, en la tragedia esquiliana, después de que Homero cerrara con su vida uno de los capítulos más ricos e interesantes de la Literatura Griega.

El canto XXIV de “La Iliada” es íntegramente magnífico. Sus incidencias se suceden con lógica y fácil unidad. En él pueden considerarse dos partes: el rescate del cuerpo de Priamida—núcleo central del capítulo, y sus funerales realizados en los días de tregua concedidos por Aquiles, quien había prometido no atacar “hasta que reapareciese por duodécima vez Eos, el de los rosados dedos”.

La parte primera es muy animada. Comienza con la intervención de los dioses que incitan a Tetis, madre de Aquiles, “destructor de ciudadelas”, a aconsejar a éste a deponer su cólera y devolver el cuerpo de Héctor, “retenido junto a las naves de curvadas popas”, mediante un rescate, a lo que accede Aquiles. “La mensajera Iris, de pies vertiginosos”, se allega a la morada de Príamo, invadida por gemidos y duelos, y le da la orden de Zeus de rescatar al “divino Héctor”.

El anciano hace enganchar las mulas al carro y parte guiado por Hermes, el Matador de Argos, no sin antes haber llenado un cesto de ricos presentes y de haber libado una copa de vino en honor de Zeus para que éste le permita volver con bien a su hogar. Llega sin novedad a la tienda del Peleida, gracias a la mañosa habilidad de su guía, y le implora, en estupendo derroche oratorio la devolución del cadáver de su hijo, cuyo cariño le “ha obligado a hacer lo que no hizo en la tierra ningún hombre, a acercar los labios a las manos del que mató a sus hijos”.

Aquiles no sólo le da lo que solicita sino que también le concede hospitalidad, “admirando su aspecto venerable y sus prudentes palabras”.

Hermes vuelve a conducir a Príamo donde los suyos, llevando

ya el cuerpo llorado de Héctor, que es objeto de lamentaciones y homenajes.

Aquí puede decirse que finaliza la parte primera de esta rapsodia. Con el breve relato de los funerales—que es la segunda parte—termina el canto y el poema.

En cuanto a lo formal de la poesía de Homero hay que decir que su técnica es perfecta. Ni contrastes ni brusquedades. Todo es paulatino y crece gradualmente, todo es para agradar, todo es como queremos que sea.

Ha sido repetidamente señalada su maestría para el uso de ciertas figuras como el epíteto—diestros pies, dulce sueño, broncíneas lanzas, ágiles perros,—que es la figura de más alta realidad por la justeza imaginativa que exige. Todas sus estilizaciones carecen de afectación y obligación, y nacen, más bien, de una grata inspiración suscitada por la Naturaleza. El mar es siempre generosamente inspirador; en sus orillas o en sus aguas resonaron quedamente o se esbozaron las imágenes que, mejor que grabadas, están vivas y alientan un entusiasmo por lo bello que de la vida o de la muerte alcanza a los sentidos.

“La Iliada” es un espléndido resumen de vida humana, de cosas vivas que conmueven e incitan a amarlas, admirándolas. Homero, poeta universal, pese a su robustez realista es, asimismo y a la vez, un poeta de puro e ideal romanticismo. Su voz la oímos como música simple de la Naturaleza, como agua que corre suelta y cantarina, o como grave melodía, plena de emocionada vibración, de intensa y profunda sensación de lo misterioso y divino en lo humano, la oímos con la unción y grave serenidad con que se oye la música del mar en ancha y profunda bahía.

“Y así fué como se llevaron a cabo los funerales de Héctor, domador de caballos”, termina el poema. Y se ha quedado uno deseando que no terminara todavía, intuyendo detrás de todo, más allá de todo, la existencia de un alma grandiosa, de un sueño más hermoso que lo más hermoso que la vida ofrece.

CARLOS ALFONSO RÍOS.